JAIME MORENO VILLARREAL

LA PEQUEÑA PUERTA

ENTRABAN LOS ACRÓBATAS, familia numerosa, y yo contemplaba desde mi comercio en el graderío a Tosca coronar las columnas humanas y pirámides. No menos de ocho volteretas la llevaban al centro de la pista. ¡Saludo!, ¡caravana!, ¡*svalsette*! Cuadrillas de artistas —tíos, hermanos, padres, abuelos— intercambiaban proezas en el aire; el redoble interrumpía la marcha de la orquesta. El público entretanto consumía golosinas.

Yo también tengo algo de aserrín en las venas; mi padre, aunque no un artista, era hijastro del empresario, llevaba la taquilla y las compras, y me instruía. Vivíamos los tres en el carro de la administración. Era nuestro remolque un lugar sin desperdicio, perfectamente cabíamos en torno de la caja. Padre y abuelo no veían en mí más arte que una probada aptitud para los números. Fui criado en el hábito del cálculo, guiado siempre por una fórmula de circo: precisión, contención y dimensiones. Hacer rentable la jaula tiene que ver tanto con adquirir la fiera, con darle de comer y atraerle gente, como con deshacerse de su pellejo. Tosca y yo nos embolsamos algunos centavos cuando el abuelo nos confió el cuerpo de un león, que arrojamos a un canal sin cabeza, sin patas y sin cola —todo a buen recaudo de un taxidermista.

Desde luego que mi amor fue siempre la arena. Adoptado en los entrenamientos como niño de circo por diversos números, en todos me probé; pero los actos partían al final de la temporada, y yo era devuelto a las gradas como vendedor, como acomodador, regenteando el alquiler de los cojines. Y cada noche regresaba al remolque soñando con números que me darían riqueza y celebridad, y en la mañana, antes de clarear, me arrancaba de mi cajón para asistir a las primeras prácticas del día.

Comencé mi adiestramiento con los Perruchi, una cuarteta de payasos atletas que fingían embocarse en colosal borrachera que los mandaba a tropezar con los aparatos de piso, en particular la catapulta, y a dar por error volteretas, hasta alcanzar los trapecios. Lino Perruchi culminaba en lo alto, pendiente, asido en i griega de dos trapecios enfrentados. Mientras se hacía nudos con las piernas, sus hermanos acudían al rescate. Tres veces a punto de atajarlo, sin poderlo librar de su maraña, caían los socorristas estrambóticamente a la red. Finalmente, Mario Perruchi lo salva, pero al llegar a tierra encuentra que Lino sigue hecho nudo, y decide adoptarlo como chimpancé. Aunque con mucha dificultad logré los resortes, el salto mortal en tierra, primero atrás, luego adelante, y algunas piruetas —siempre que alguien me impulsara con las manos en estribo—, cuando aparecí en escena como mascota de los Perruchi, mi papel fue de comparsa.

Mucho aprendí de aquellas primeras batudas y saltos de campana atado a un cable, de aquellas rutinas de culturismo y caídas a la red: el entrenamiento de un artista es permanente. Aunque no una estrella, soy gimnasta en cada gesto, a cada paso, en todo lo que toco, no importa que no dé giros en el aire ni ofrezca funciones. Estoy al tanto de cada músculo y lo administro según la regla que es contable y gimnástica: no pidas demasiado y sucesivamente de una misma partida. Me adiestré con trapecistas, perchistas y funámbulos. A ninguno vi quedar por debajo de su miedo, no es fácil el fracaso cuando colinda con la perfección. El Gran Aldo, acróbata ecuestre que dominara a látigo por mano las tres pistas, pudo sellar mi destino cuando hace tantos años, en elogio de mi tenacidad, auguró: "Serás algún día buen entrenador." A mí, que me sabía artista tal como otros presienten el fracaso.

Y cada noche hacía su entrada la dinastía de acróbatas, rodando hacia atrás, ilesas madejas, distribuíanse en estrella, al trampolín, a los barriles, las escaleras, las perchas. Unos a otros se alcanzaban piernas y brazos, más arriba, sosteniéndose sobre los hombros, giraban verticalmente prendidos de un cable por el pie, la boca o la cabellera, surcaban hechos bólido bajo la cúpula, caían en cascada, y en la punta Tosca, cuando parecía irrealizable otra hazaña, ponía a girar los anillos. Pero no todo en el circo es historia —me decía yo—, el circo también se lleva adentro. E iba criando en mí un enorme intestino.

Tenía un secreto, nada de otro mundo, pero un indicio inobjetable de habilidad. Aunque el abuelo y el padre nunca se fiaron de mí, por vivir junto de ella, por tenderme a su lado apegado con el oído, con el tacto, con la boca, aprendí la combinación de la caja. Fue un ejercicio interior, lo supe antes de saberlo. Esto me instaló en el lugar más alto, inmediatamente por encima de mis mayores. Desde entonces elaboré cálculos más adecuados a mi persona, y me entrené con el fin de ser capaz de someter muscularmente cada cabriola, cada vuelco que no daría, para conservar sólo su impulso en la tensión, en la flexibilidad de mis articulaciones, plegando mi cuerpo a la acrobacia. Por supuesto que sólo podía compartir mi secreto en la cúspide, con Tosca. Un mediodía de guardia, cuando los otros habían ido a comer, abrí para sus ojos la pequeña puerta de acero, y le hice el regalo de un segundo motivo de silencio: la caja estaba vacía, ahí no se guardaba el dinero. Unos cuantos contratos, facturas, pagarés, y no más que una insignificante partida en líquido con la que se mantenía a raya a los inspectores. A carcajadas, Tosca me hizo cerrar y abrir varias veces el tesoro, me hizo meterme, me encerró y liberó, girando, como le enseñara, el candado numeral. En pago, me reveló otro secreto.

El día libre me condujo a un teatro de atracciones. Rara vez salía yo a la calle. El gentío me gusta enroscado en torno de la pista, no derramado por los bulevares; las calles céntricas, con sus profusas orientaciones y súbitos vacíos, me inquietan.

Tosca, en cambio, se movía como un banderín entre la gente. Fuimos a meternos a un galerón de sillas plegadizas donde el público fumaba. Ese era su obsequio. Se apagaron las luces, se descorrió el telón y nos hallamos frente a una habitación femenina dosificadamente oscura. Alguien dormía allí bajo las sábanas. Era una mujer delgada que se levantó de la cama entre velos y cortinajes, con el lacio cabello suelto. Las luces, discretísimas, acompañaron su lento estirarse que era también desvestirse. La Señorita Cósima —tal era su nombre— parecía despertar no de mañana, sino introduciendo un pie en el sueño. Muy larga avanzó, desnuda casi, y tomó asiento en un banco frente al enorme tocador cuyo espejo no defraudaba al público del "Elíseo". Dio inicio a su rutina, breve si bien dilatada. Cósima levantó con toda naturalidad una pierna con la mano, la sostuvo derechamente y la hizo doblar por la espalda hasta tocar su cabeza. Así descoyuntó la cadera y se acariciaba por detrás el mentón con el empeine. Pronto acudió, trazando un círculo, la otra pierna, ya la artista tornada en una creatura invertida. La escena de su intimidad consistió en hacerse el peinado con los pies, mirando por el espejo al auditorio, membrudamente arrellanándose en su incomodidad carnal. Una vez peinada y polveada, usando las manos como patas, bajó del banco moviéndose lateralmente cual migala, agitando las articulaciones extremas, y fue hacia la cama, envuelta ahora por una luz indecisa, para desaparecer de súbito, cerrando tras de sí la puerta del buró.

